

Reseña de libros

Escribe: ANTONIO PANESSO ROBLEDO

JOHNS HOPKINS PRESS: *Fiscal survey of Colombia*. Publicación de la OEA y el BID. Baltimore.

Colombia fue el primer país del Hemisferio Occidental que tuvo el cabezazo de pensar en el impuesto a la renta (1821) y fuera de esto tiene la alta distinción de ser una Atenas, con una capital llena de librerías y gentes cultas, y una población analfabeta en su tercera parte. Así anotan los señores Milton C. Taylor y Raymond L. Richman, jefe de misión el primero y el segundo, veterano economista, de las universidades de Michigan y Pitsburgo, autores de la encuesta sobre Colombia ("Fiscal Survey of Colombia", Johns Hopkins Press, Baltimore, 1965) realizada con los auspicios de la Organización de Estados Americanos y del Banco Interamericano de Desarrollo. Con los expertos norteamericanos trabajaron los colombianos Carlos Casas Morales, Jorge Franco Holguín, Alvaro López Toro, Bernardo Rueda Osorio, Eduardo Wiesner Durán y el señor Richard C. Williams. El resultado ha sido un volumen de algo menos de 300 páginas, con cuadros analíticos y que prácticamente agota el tema de los problemas fiscales, el análisis de los gravámenes en nuestro país, sus estructuras y características, peculiaridades de nuestra legislación y de nuestros contribuyentes y una visión muy objetiva de nuestra situación actual tributaria.

Es natural que algunas de sus conclusiones sean muy conocidas, porque se han dicho, demostrado o al menos intuído muchas veces. Pero sin la precisión científica de este informe, que como no tiene interés en hacer política sino en ver el problema, emplea los métodos directos de análisis matemático, de encuesta y de estadísticas, en cuanto es posible, para llegar al fondo del tema. Por esa razón apenas se puede dar una idea muy general de una obra hecha por especialistas y que constituye una obra de consulta para expertos más bien que un libro de divulgación sobre cuestiones tributarias colombianas. Se reafirma la verdad muy sabida pero no siempre tenida en cuenta de la estrechez de nuestra base tributaria: un solo contribuyente pagó en 1962 el 3.69% de las destinaciones del gobierno nacional; 92 (casi todas sociedades) pagaron aproximadamente la tercera parte del total, y 961 (sobre un total de 501.594 contribuyentes, o sea el 0.19%) pagó la mitad de los ingresos nacionales por concepto de impuestos.

La tendencia general del estudio indica una crítica a la suavidad de nuestras costumbres impositivas y a su carencia de técnica. Opina, por ejemplo, que el gravamen individual empieza por una tasa inicial muy baja y un exceso de exenciones, si bien defiende explícitamente las exenciones personales. Y anota inequívocamente las "transacciones fraudulentas y otras diversas formas de evasión" comunes en el país, como en los impuestos a donaciones. Y sobre todo en el caso escandaloso de la propiedad urbana, que no solamente está organizada antitécnicamente desde el punto de vista impositivo entre el gobierno central, los departamentos, los municipios y varias otras entidades, sino que la delincuencia tributaria la ha reducido a un papel sin importancia como fuente de ingresos para la comunidad, al revés de lo que debería suceder. Para defender las divisas se prohíben algunas importaciones, como la de automóviles, pero de tal manera que toda la cuestión se convierte en un excelente negocio para los diplomáticos y asistentes técnicos, que los compran a precios de costo y los venden a precios exorbitantes. Los expertos no creen que ese fenómeno le ayude absolutamente nada al país, en nada. Y en otros campos, como los impuestos de pesas y medidas y de degüello, se trata de supervivencia de formas arcaicas, un regreso impresionante a la colonia española en pleno siglo XX.

La administración del mercado exterior es excesivamente compleja, desordenada y costosa, por la multiplicidad de oficinas, papeleo, comités, subcomités, burocracia ineficiente y enredos inútiles. ¿El resultado? Pues el contrabando, que es la flor natural de las administraciones ineficientes y complicadas.

Todo eso y mucho más lo sabíamos, o lo sospechábamos. Pero no sobra que nos lo repitan los expertos de las entidades internacionales, aunque no sea sino para que quede la constancia. Y para que este libro sirva de fuente de consulta para la misión que en el año del Señor de 1975 vendrá a repetir más o menos lo mismo, pero con moneda más desvalorizada.

* * *

DAVID IRVING: *La destrucción de Dresde*. Edit. Laffont, París.

Son ya innumerables los libros escritos sobre la II Guerra Mundial, en diversos aspectos: el militar, el político, el estratégico, el moral, sin contar la propaganda de lado y lado. En el lenguaje de nuestro tiempo ha quedado Hiroshima como símbolo de la nueva era, la energía atómica aplicada a la guerra. Sin embargo, no fue Hiroshima el mayor holocausto, como se cree a veces. Hubo casi el doble de sacrificados en Dresden, en uno de los bombardeos más atroces de la historia de la guerra y de todas las guerras, hace ahora precisamente veinte años.

El mariscal Goering ya había aplicado la teoría del terror en las poblaciones civiles, como lo hizo sistemáticamente sobre todo en ciudades inglesas. El ensayo había sido hecho antes por la Legión Cóndor, sobre Guernica. El método, pues, ya era conocido. Aun después de martirizada

Inglaterra, en su seno se levantaban voces contra la guerra de exterminación, de cualquier lado que fuese. Protestó el diputado laborista Stokes, protestó el obispo de Chichester, Rev. Bell, muchas voces se hicieron oír contra el concepto militar y político del "bombardeo estratégico", un género de crimen particularmente atroz, cometido de lado y lado. Los alemanes refinaron el método, comenzando con sus ensayos en la guerra española, y siguieron con Varsovia, en septiembre de 1939, con Rotterdam, en mayo de 1940, con varias ciudades británicas, que han quedado, con Dresden e Hiroshima, en el calendario de las ciudades mártires.

Pero, ¿y Dresden? Un crimen, como los otros, que no puede justificarse por la represalia militar ni por el simple espíritu de venganza. Los documentos recogidos por David Irving (*La destrucción de Dresde*, Edit. Robert Laffont) parecen demostrar claramente que el gran bombardeo de la ciudad oriental alemana fue concebido como una demostración del poderío aéreo aliado para impresionar a Stalin a raíz de la Conferencia de Yalta, reunida un día antes (12 de febrero de 1945). Churchill quería utilizar el bombardeo como arma política, sin oponerse a los militares que creían en la eficacia militar de estos ataques. Estaba entonces muy extendida la idea de que la desmoralización de la población civil tenía un considerable valor militar por la baja inmediata en la producción industrial y el desgano de la gente no militar para continuar su cooperación con los altos mandos.

Las investigaciones posteriores demostraron lo contrario. Ni en Alemania ni en Inglaterra tuvieron notorio efecto militar los bombardeos a poblaciones civiles. En uno y otro país se restablecían rápidamente las comunicaciones y los trabajos de producción fabril, civil y militar. Los bombardeos a las ciudades, indiscriminadamente, probaron ser un gran crimen, completamente inútil.

El señor Weidauer, actual alcalde de Dresden, afirmó hace poco que la bomba atómica se proyectaba para destruir a Dresde no a Hiroshima, o al menos el estreno se haría en la ciudad alemana, pero no se realizó el proyecto por demoras técnicas. Funda su hipótesis en opiniones reveladas antes por un científico que trabajó con las naciones aliadas y luego huyó a la Unión Soviética, el famoso doctor Klaus Fuchs. Probablemente nunca se sabrá la verdad sobre este punto, ni tiene mucha importancia. Lo que sí se sabe es que en la noche del 13 de febrero de 1945, comienzos de cuaresma (era **mardi gras**) a las 10+10 precisamente, surgieron en el horizonte de la ciudad, bellísima por cierto, 244 bombardeos Lancaster, que llovieron bombas durante 20 minutos, para dar remate con bombas incendiarias. A las tres horas exactamente, según la técnica, cuando se calculaba que la gente recogía sus muertos y creía terminado el bombardeo, se presenta otra ola de 129 bombarderos de la misma clase. En la mañana del 14, los aviones de la Fuerza Aérea Norteamericana reemplazan a los ingleses, y sigue implacablemente la destrucción: 1.300 fortalezas volantes acaban con lo que queda de Chemnitz y Dresden. Los alemanes pudieron derribar, en total, seis aviones.

Fue este uno de los episodios más repugnantes de la guerra, explicable humanamente por la barbarie del enemigo, que había hecho lo mismo

y muchas veces. A los veinte años, nadie se atrevería a justificar estas muestras de la guerra total, que ya era bárbara en tiempo de los asirios y de los vándalos. Es natural que los vándalos hagan vandalismo. Pero, ¿se explica acaso que lo hagan quienes decían defender la civilización? Es un problema insoluble. *Abyssus abyssum invocat*, dice el salmista. De la misma manera, la barbarie atrae a la barbarie, irremediablemente.

* * *

GEORGE ORWELL: *Rebelión en la granja*. (Versión española de "Animal Farm"). Edit. Kraft, Buenos Aires.

Este es uno de los libros siempre nuevos. Publicado en 1948 (*Animal farm*, Edit. Secker & Warburg, Londres) ha tenido varias ediciones en español, una de ellas en la editorial argentina Guillermo Kraft Ltda., con ilustraciones de Lino Palacio (*Rebelión en la granja*, por George Orwell), y en versión a nuestro idioma por Abraham Scheps, con algunas incorrecciones de traducción que no le quitan brío ni frescura a este apólogo, ya clásico, escrito por un hombre extraño, guerrero en la contienda civil española y autor de otra obra de sátira política, *1984*, un poco a la manera de *Brave New World*, de Aldous Huxley.

Como Esopo y Lewis Carroll, Orwell recurre al reino animal para plantear profundos problemas humanos. *Rebelión en la granja* se refiere de manera transparente a los problemas políticos de nuestra época, el Estado totalitario, las relaciones del hombre con la autoridad, las jerarquías creadas por la sociedad y a las que tiene que someterse el hombre para poder sobrevivir contra esa misma sociedad y en medio de ella. Los mandamientos de la granja eran siete:

1. Todo lo que camina sobre dos pies es un enemigo.
2. Todo lo que camina sobre cuatro patas, o tenga alas, es un amigo.
3. Ningún animal usará ropa.
4. Ningún animal dormirá en cama.
5. Ningún animal beberá alcohol.
6. Ningún animal matará a otro animal.
7. Todos los animales son iguales.

Solo que, como dijo entonces Orwell (con una frase que se ha vuelto un cliché en muchos idiomas), unos animales son más iguales que otros. La utopía de la igualdad humana sigue resistiendo todas las sátiras literarias, porque es un instrumento irracional, contrario a toda evidencia, pero acaso por eso mismo capaz de mantener su vigencia indefinidamente. La constitución norteamericana la considera como "evidente". Pero lo evidente es que los hombres no siempre nacen libres pero sí siempre desiguales.

Los mandamientos de la granja, por otro lado, como los inscritos en las tablas de Moisés, nunca pasaron de ser puramente teóricos. El perro, que tiene cuatro patas, generalmente, es el mejor amigo del hombre, y el

hombre a su vez ha sido el mejor amigo del perro, sobre todo en Inglaterra, patria de Orwell. Además, fue el perro el que domesticó al hombre, por allá en los albores del Paleolítico. ¿Y la prohibición de dormir en la cama? Por alguna razón la gata votó una vez a favor de las ratas, como ciudadanos, y en la votación siguiente a favor, como muchos políticos de profesión: los gatos duermen en camas y mucho mejor que sus enemigos, los animales de dos pies. Ningún animal matará a otro animal. Pero la historia de los animales, como la de los hombres, es el relato de las matanzas. Con la sola diferencia de que el hombre es el único animal que mata sin necesidad.

Cuando apareció por primera vez el libro de Orwell, fue interpretado inmediatamente como una sátira contra el régimen de Stalin. Y en realidad, el Cerdo Napoleón recuerda insistentemente el culto a la personalidad que caracterizó a la primera etapa en el establecimiento del comunismo en la Unión Soviética. Pero en realidad la idea orwelliana es más profunda: el conductor, el líder, el gobernante, tiene siempre de alguna manera el signo mesiánico ("líder carismático", se dice ahora) que no pierde en modo alguno por el hecho de que las instituciones llamadas democráticas lo consagren legítimo con el consentimiento de la voluntad general.

La pequeña obra (menos de 200 páginas, en formato reducido), concebida con severo humor y aparente ligereza, termina con una nota escéptica, que disimula un poco de desesperación:

"Doce voces estaban gritando enfurecidas, y eran todas iguales. No existía duda ahora de lo que había sucedido a las caras de los cerdos. Los animales de afuera miraban del cerdo al hombre y del hombre al cerdo, y nuevamente del cerdo al hombre; pero ya era imposible discernir quién era quién".

* * *

ROMANO GUARDINI: *El fin de los tiempos modernos*. Edit. SUR, Buenos Aires.

El tema de la "deshumanización" es paradójicamente el más humano de los temas. Lo puso de moda Ortega, como algunos otros que lo desarrollan, aun quienes le niegan la calidad de filósofo, y ha llegado a ser en la literatura moderna una especie de fiebre recurrente, no ya simple recurso estético o crítico sino fuente para pensadores puros y filósofos de la historia, como Romano Guardini, quien vuelve a tomar el tema en una serie de conferencias hechas en Alemania (*Das Ende der Neuzeit*) y recogidas luego en libro (*El fin de los tiempos modernos*, SUR, Buenos Aires).

Todos estamos más o menos de acuerdo en que "vivimos una época de crisis", lo que es ya un tópico. Probablemente el hombre ha vivido siempre en crisis, desde el despertar de conciencia social en el Paleolítico y quizá mucho antes. Pero ahora se da mejor cuenta de ello. El hombre empieza a llamarse "moderno" a sí mismo hacia el siglo XVIII, con el iluminismo y en los tiempos contemporáneos se ha dado cuenta de hechos histórica-

mente increíbles, pero reales, como la existencia, en nuestra época, de más del 90 por ciento de todos los grandes sabios que ha producido la humanidad. O sea, en otras palabras, que el ritmo de la historia es cada vez más acelerado.

Guardini habla del "hombre no humano", de una "naturaleza no natural", como productos del fin de los tiempos modernos, cuyo análisis hace después de presentar un vistazo a las transformaciones históricas a partir del siglo XIV y sobre todo ese extraño siglo, el XV, la declinación de la Edad Media como lo llamó Huizinga. Para Guardini, lo "humano" fue una forma particular de lo que concierne al hombre, desde la antigüedad hasta bien entrados los tiempos modernos, así como lo "natural" es la imagen de la realidad exterior que el hombre veía alrededor de sí y con la cual "tenía relaciones". Aun el concepto de "cultura" es distinto. A la nuestra, con este nuevo hombre "no humano" de nuestra época, le falta lo que caracterizaba a la cultura en el sentido tradicional: la calma, la fecundidad, el sentido del equilibrio, lo orgánico, el sentido de crecimiento y de proporción. Guardini hace una anotación muy sagaz que delimita un aspecto esencial de la vieja cultura humana con respecto a la nueva concepción de la cultura no cultura y "no humana", a pesar de que se refiere al hombre mismo, y no de cualquier manera sino de la más honda: la obra humana presenta un rasgo característico: el peligro. La cultura crea una seguridad contra un peligro. La vivienda primitiva del hombre, y en todas las épocas, producto de su cultura, es una defensa contra el peligro, contra la inseguridad. Así perdió la naturaleza, al menos en parte, ese carácter de "cosa extraña y peligrosa", para convertirse una vez más, por obra del hombre mismo, en aquella cosa pura y original cuyo recuerdo conservamos vagamente con la memoria del paraíso.

Pero súbitamente el hombre ha vuelto a encontrarse en la zona de peligro, casi como estaba en un principio y acaso peor: el peligro de desaparecer del planeta por obra de su propia "cultura" (no humana, inhumana, antihumana, como es la última arma) es hoy muchísimo más punzante que el peligro de ser víctima de una inundación, de una fiera, de una flecha enemiga.

El hombre moderno continúa siendo libre en el sentido de que puede emplear como quiera el inmenso poder que ha logrado arrancarle a la naturaleza. Pero no hay manera de garantizar el uso correcto de ese poder, para su propio progreso o siquiera para no emplearlo en contra de sí mismo. "No existe garantía alguna de que la libertad adopte una decisión justa". La carencia de esa garantía proviene simplemente de que el índice de dominio del hombre sobre la naturaleza exterior es incomparablemente mayor que su progreso espiritual, esto es, el índice de su dominio sobre la naturaleza interior, sobre la formación de su propio carácter. Es casi seguro que el hombre llegará a la luna muchísimo antes de que haya podido proscribir efectivamente la guerra y es virtualmente seguro que dominará antes el sistema solar que el egoísmo, la ambición desmedida, los celos, la pobreza injusta. La fuerza nuclear en manera alguna asegura el cumplimiento de los Diez Mandamientos. Todavía está allí el ángel, con la espada de fuego, a la entrada del paraíso.

* * *

“No me avergüenzo, en absoluto, de haber cambiado de opiniones con frecuencia” dice de sí mismo Bertrand Russell, cuya mejor selección de ensayos acaba de publicar George Allen & Unwin, Londres (*The basic writings of Bertrand Russell*) y que sin duda será publicado muy pronto en nuestro idioma y en todos los cultos del mundo, porque en realidad todo lo que hay que hacer es seleccionar entre la vasta obra del filósofo, matemático, novelista y político aquello que en su propia opinión refleja sus puntos de vista “en el momento en que fue escrito”, advertencia muy importante, porque el escritor es en muchas maneras ese espejo en el camino de que hablaba Stendhal. Y Russell ha sido un escritor incansable, con un estilo y manera periodísticos que lo hacen asequible a gran número de lectores aunque no tengan la preparación previa que exige la filosofía política o aun la matemática moderna.

Estos *Escritos básicos* comprenden un lapso de unos sesenta años, desde el famoso ensayo sobre libertad religiosa (*A free man's worship*) de 1903 hasta su delicioso y profundo *The expanding mental universe*, publicado en 1959.

En la introducción para este libro, el propio Russell agradece a los editores, Robert Egner y Lester Dennon, no haberse limitado al aspecto filosófico de la obra ruseliana, tan rica en otros aspectos de la vida práctica e intelectual, como la política, la crítica de las costumbres, aun el humor y la novela de anticipación. La época en que le ha tocado vivir a este hombre admirable, como lo dice él mismo, ha sido una de las más rápidamente cambiantes en la historia del mundo, indudablemente la que ha tenido un ritmo más rápido de transformación, asimilación y adaptación. Si es verdad, como parece serlo, que en este siglo han vivido más del 90 por ciento de todos los grandes sabios que ha producido el mundo, Bertrand Russell es uno de ellos y no en cualquier lugar sino en su vanguardia, en todos los sentidos de la palabra, incluyendo el político.

Uno de los aspectos más atractivos de Russell es su ligereza, su gracia, su humor, para tratar problemas que los filósofos profesionales suelen envolver con un léxico esotérico y una solemnidad obligatoria. “Me parece que hay muchas cosas importantes que decir, pero se pueden decir sin tono de predicador. En realidad me parece que el tono solemne se emplea cada vez más para evitar el análisis a fondo”. Exacto, como lo sabe todo lector de literatura existencialista, de comunicados oficiales, de filosofía alemana. Russell carece de lo que llama “alta seriedad” (*high seriousness*) en la forma naturalmente, porque en el fondo es él el escritor más serio de nuestra época, desde su *Principia mathematica* hasta sus penetrantes ataques a los lugares comunes, sean literarios, religiosos, políticos o artísticos. Su dominio de la relatividad, tanto desde el punto de vista filosófico como matemático, no le ha impedido analizar socarronamente la “basura intelectual” de nuestra época, las novelas rosas, los prejuicios sexuales, el dogmatismo, el provincianismo, las opiniones sobre los otros, el fanatismo. En muchos aspectos recuerda a Voltaire, pero con un aparato científico inmensamente superior al que manejaba la *Enciclopedia* del siglo XVIII.

Para evitar, por ejemplo, el fanatismo político, tan común en todas partes, Russell recomienda un método sencillo: leer los periódicos del partido opuesto. "Si le parece idiota, piense que a sus adversarios les parece usted lo mismo". Y agrega: "En ese caso ambas partes pueden tener razón pero no pueden ambas estar equivocadas".

¿Es un hombre demasiado frío emocionalmente, demasiado intelectual? Se ha dicho eso, con cierta razón, aunque no con razón cierta. Russell es el más grande entre los racionalistas modernos, una línea que por cierto ha creado la ciencia de nuestro siglo y no ha sido aún vencida en juicio por el irracionalismo, también moderno, que irrumpe por varios lados, con Bergson por ejemplo en la filosofía, en parte con el existencialismo y desde luego con las tendencias místicas siempre vivas en las capas subterráneas de toda gran civilización, aunque esté en crisis, como la nuestra. Aldous Huxley fue víctima de ese irracionalismo, en la última parte de su vida. Russell ya ha llegado a esa cumbre desde donde puede contemplar su obra y el mundo que le tocó vivir, con la seguridad de que sabe que no se puede saber nada con seguridad.